

bres de la administracion; y no obstante, el gobierno ecuatoriano suscribió un mandato injusto y arrojó de su territorio á los que poco ántes la nacion habia llamado y reconocido como institucion legal en la república. Negó á los miembros de la Compania lo que no habria negado ni aun á los mayores criminales, el asilo que otorgan la naturaleza y el derecho. No queremos detenernos á recorrer las escenas que produjo en el Ecuador aquel decreto, ni á recordar las lágrimas, la desolacion y el llanto en que anegó á los pueblos y á los ciudadanos, las peticiones sin cuento que elevó á los gobernantes y las demostraciones de disgusto y aun de enojo á que se entregó; la historia recogerá esos hechos y cuidará de trasmitirlos fielmente á la posteridad.




#### CAPÍTULO IV

Ojeada sobre las regiones del Napo. — Memorias del P. Carrillo. — Colonizacion. — Cuenca. — Sucesos lamentables. — Una ley perjudicial. — Observacion. — Valles febriles. — Poblaciones sobre el lago de San Pablo. — Ibarra. — Ruinas que hablan al entendimiento y al corazon. — Prodigios de la caridad cristiana. — Tulcan.

Una region existe en el seno de la América que cuanto mas se estudia, mejor se conoce su importancia y la necesidad de poner al alcance de todo el género humano los secretos que encierra en sus espesas selvas y los tesoros que oculta bajo la sombra de sus bosques. Las pinturas risueñas que de ellas hicieron en nuestros dias Revello y otros sacerdotes europeos, y el interes que hoy manifiestan diversas naciones extranjeras por colonizarla, han excitado la curiosidad de algunos y despertado el interes de muchos de tal modo, que las selvas del Napo y del Azuay recibirán, es probable, en su seno poblaciones activas é industriosas. Miéntas tanto, nadie podrá disputar al catolicismo la gloria inmortal de que fuesen sus ministros los primeros hombres civilizados que penetra-

sen en aquellos bosques, los primeros tambien que revelasen al mundo culto la existencia de aquel país rico y pintoresco y de las naciones sencillas y numerosas que lo habitan, que pusiesen en las manos de los literatos libros escritos en el idioma que ellas hablan, y que hiciesen conocer el alfabeto á los salvajes poniéndolos por este medio en aptitud de recibir con mas abundancia los bienes de la religion y de la sociedad. Mas algunos estiman como oscurecidas esas glorias porque son ya pasadas y porque hoy no las ven repetirse cada dia. « El clero carece de espíritu, se ha dicho, las misiones de infieles están sin sacerdotes, no hay ni uno de estos que tenga celo y abnegacion bastantes para irse á los bosques y en pos de los salvajes como sucedia en otro tiempo. » Observaremos al funcionario público que de ésta manera se expresaba, que si no se ven hoy en todos los individuos del clero aquellos dotes que echa de ménos, la causa debe buscarla en la situacion actual de las cosas, incapaz de producir aquellas sublimes virtudes. Muchas veces hemos repetido que las instituciones de la Iglesia ninguna alteracion ni modificacion de algun género pueden sufrir, so pena de perder toda esa fuerza vital que llevan en sí mismas é inspiran en sus creaciones; y ahora observaremos solamente que esos bellos rasgos de abnegacion, de paciencia y de fervor apostólico se hicieron admirar en las selvas del Napo y en los valles del Azuay, miéntras que los seminarios eclesiásticos y los institutos religiosos existieron en el Ecuador de la manera que lo ordenan las leyes de la Iglesia.

No está distante de nosotros la época en que el P. Plaza recorria las regiones del Marañon, y frescos



viven aun los recuerdos de los PP. dominicanos Riofrío y Benitez que durante treinta y ocho años trabajaron sin cesar en las misiones de infieles, recorriendo las parcialidades que existen cerca de Canelos y en los afluentes del Napo y Marañon. El primero de estos hombres venerables vivió pobrísimo; cuanto dinero llegó á sus manos ó entraba en las de los pobres ó en el fondo de sus iglesias. Durante el largo período de su apostolado, fundó siete pueblos y civilizó muchos millares de indigenas, estableció escuelas, edificó iglesias y enseñó á los salvajes los deberes propios del cristiano y del ciudadano. Todo esto hizo sin disparar un fusil, sin amenazar á ningun hombre, sin coartar la voluntad de alguno y sin emplear mas medios que los que aconsejan la prudencia, el celo y la caridad. ¡Qué conquistas tan diferentes estas de las que realizan los generales á quienes cada dia se prodigan elogios hasta el fastidio! El fallo humano, injusto casi siempre, condena las acciones hermosas de los primeros á quedar ignoradas, miéntras que publica las otras y las premia con liberalidad. Sin embargo, las proezas de los unos ninguna víctima sacrificaron, ninguna lágrima hicieron derramar y abrieron para millares de hombres la senda de una felicidad que desconocian totalmente; miéntras que los otros compraron sus laureles con el sacrificio de sus semejantes, devastaron los pueblos, los sembraron de horror, desolacion y muerte, y alejaron de la sociedad la paz y la ventura condenándola á vivir bajo el yugo de su ominosa dominacion. Los resultados de ambas conquistas los ve y los siente todo el mundo. De una parte se advierten pueblos de hombres

que abandonan las selvas, escuelas de niños que hubieran tambien nacido en ellas á no haber conocido sus padres la religion, y ciudadanos activos y laboriosos tantos individuos inútiles del todo poco ántes para la sociedad. No es ciertamente tan halagüena la perspectiva que se ofrece de la otra parte en pueblos talados, en familias arruinadas, en ciudadanos perseguidos y en ese clamor que la desgracia deja percibir y aflige á todo hombre que tiene corazon. Mil veces he hecho esta reflexion en presencia de esas vastas llanuras y de esos espesos bosques que fueron teatro de los verdaderos héroes y fundadores de la civilizacion cristiana en el continente americano.

Hoy, cuando en todas las repúblicas americanas tanto se habla de colonizacion, cuando se querrian ver transformados en seres humanos, si posible fuese, los árboles y las fieras que habitan las inmensas regiones que existen por civilizar en la América española, y cuando se pretende realizar en un momento lo que no puede ser sino obra de muchos años, se han propuesto mil arbitrios para llevar á cabo el proyecto de colonizar en los territorios salvajes de todas las repúblicas. Mas entre tantos arbitrios, hijos los unos del ardiente patriotismo y de la ambicion y codicia de los especuladores los otros, uno se echa ménos y es cabalmente el que dió mejores resultados en favor de la civilizacion. Es este la buena organizacion de misiones en los territorios infieles. La buena organizacion, hemos dicho, y su bondad debe consistir en el cumplimiento exacto de las disposiciones que tiene sancionadas la Iglesia con ese objeto. Cuando el

P. Plaza fué elevado al obispado de Cuenca, empeñó el ardiente celo que le caracterizaba en promover aquella grande obra. Mas él murió y nada pudo concluir á pesar de su inmenso anhelo. ¿Ni quién podría pensar en promover proyectos de esa naturaleza, cuando esa vasta diócesis soporta hasta hoy la horfandad en que la dejó la muerte de aquel obispo? Ni sus males han parado aquí, pues durante una prolongada vacante alguna vez se ha visto á dos prelados ejercer á un tiempo la jurisdiccion eclesiástica y disputar el uno al otro la legitimidad de sus poderes. Estos males gravísimos son el consiguiente de otro mal que experimentan las diócesis del Ecuador, á saber, la carencia de obispos.

Segun el sistema actual de hacer las elecciones de candidatos para los obispados del Ecuador, se necesita una inmensa mayoría de sufragios, mayoría que es muy difícil llegue á reunir algun individuo por notorio que sea su mérito é indisputables sus virtudes. Esta es la causa de la prolongada vacante que soportan las diócesis de Cuenca y Guayaquil y la causa tambien de las graves calamidades que han afligido á esas diócesis. Los autores de aquella ley, exigiendo que la eleccion de las personas que el presidente de la república presente á Su Santidad como dignos del obispado se haga por las cámaras legislativas y que no se verifique sino cuando el candidato haya reunido dos terceras partes del total de los sufragios, sancionaron para la Iglesia ecuatoriana un germen de dificultades y un principio casi siempre permanente de atraso y malestar. Un vicario capitular no puede disponer de todos los medios para introducir en la diócesis

que administra las mejoras y las reformas de que puede esta necesitar. La Iglesia considera su gobierno como precario, pues que ella misma ordena que los obispos sean elegidos sin dilacion. Relativamente á la América, vigentes están varios antiguos concordatos de España con la Santa Sede, en los que se acuerda que las provisiones para las diócesis de América no se demoren mas de un año, y este largo término se concedió atendiendo la distancia y las dificultades que retardaban entónces las comunicaciones del Viejo con el Nuevo Mundo. Si como pretenden los gobiernos hispano-americanos, las gracias que Roma dispensó á los soberanos de España y de las Indias han pasado á sus sucesores en el gobierno de estas, claro es entónces que con ellas debieron pasar tambien las condiciones bajo las cuales se otorgaron. Si los reyes estaban obligados á presentar al Papa sus candidatos para los obispados vacantes dentro del primer año de la vacante, so pena de perder su derecho, claro es que, en el caso de tener los gobiernos de América el mismo privilegio, no pueden usarlo sino en los mismos términos y en el mismo tiempo que fué concedido, y no de otra manera.

Alejándome de Quito me acercaba á esa sucesion de valles febriles y mortíferos que se encuentran en los países meridionales de la América. La Providencia que compensa las ventajas y las desventajas cuando las distribuye entre sus criaturas, á esa feracidad prodigiosa que ostenta la naturaleza en Guayabamba, Chota, Juanambú, Patías, etc., permitió acompañasen los insectos numerosos y el aire insalubre que ocasiona calenturas. En

Guayabamba veia arboledas frondosas, flores hermosísimas, frutas exquisitas y un lugar ameno, en fin, donde la naturaleza parece ostentar con profusion sus riquezas. Mas todo eso se asemeja á la fruta vedada en el paraíso que daba muerte á quien la comia.

Verdad es que todo el territorio ecuatoriano tiene esa fisonomía pintoresca que le dan tantos valles amenos, tantos huertos de árboles cargados de frutos exquisitos, tantos montes cubiertos de vegetacion risueña y tantas y tan variadas flores que nacen y crecen en los campos, sin otro cultivo que el sol que las calienta y vivifica y el riego de las lluvias que las anima y refrigera. En ningun otro país de América he observado tanta belleza y variedad de flores silvestres como allí, y con mucha razon algunos sabios naturalistas que disfrutaron de la perpetua primavera que presentan sus campiñas y sus bosques cubiertos de flores, lo llamaron «jardín del Nuevo Mundo.» El lago de San Pablo, en cuyas inmediaciones existen vestigios de grandes construcciones de la época de los Incas, me pareció no ménos hermoso que los lagos de la Suiza, bien que sin la animacion que dan á aquellos los vapores que cruzan sus aguas y los pueblos que hermosean sus riberas. Una pequeña aldea que lleva el mismo nombre del lago, y algunas casitas pobres y sin ningun género de belleza, ved ahí todo lo que vi en aquel lugar y en las vecindades de ese lago que está llamado á ser el paraíso y recreo de todo el Ecuador.

La antigua ciudad de Ibarra me ofreció grandes ruinas que contemplar. Entre otras las de un colegio de mercenarios me dieron idea del grado de prosperidad á que

llegaron en el Ecuador las órdenes monásticas, y de la extension que entónces mismo daban á sus planes de beneficencia y de caridad. Las que yo tenia delante de mis ojos eran parte de un gran colegio destinado á la educacion de jóvenes; hoy, cuando en la provincia de Imbabura, de que Ibarra es capital, existe apénas un establecimiento literario, y este sin las escuelas y sin los maestros que deberia tener, ¿cuánto bien no habria proporcionado aquel colegio que en las vastas proporciones de su construccion manifiesta el plan todavía mas vasto de sus piadosos fundadores? Un gobernador político de Ibarra decia, no hace mucho tiempo, en un documento oficial: «La falta de instruccion religiosa hace que las masas sean solamente semicatólicas. La raza indigena permanece ignorante, y sus costumbres no tienen de moral sino el sufrimiento y el trabajo, hábitos adquiridos por la opresion y la miseria, que solo sirven para hacer mas infeliz al que mas sufre, sin siquiera tener el mérito de hacer de sus sufrimientos una virtud por falta de libertad. Algunos pocos que gozan de este bien son mas laboriosos, pero no mas morales, por falta de instruccion; este mal no seria irremediable, si el sistema de educacion se mejorase.» De esta manera se expresa un mandatario que conoce y lamenta la postracion en que deja al pueblo la ignorancia. La educacion que pide para esos individuos cuyos vicios deplora, era el objeto que tuvieron en vista los hombres benéficos que emprendieron la grandiosa obra del colegio. ¡Qué diferente seria hoy la suerte de Ibarra, si se hubiera realizado el suntuoso proyecto que revelan las soberbias ruinas de la Merced!

En los misterios de la Providencia escrito está que «Dios elige los instrumentos del bien segun su beneplácito, porque no hay en su presencia acepcion de personas.» Un pobre anciano habia fundado y sostenia en Ibarra la obra más bella de la provincia de Imbabura; tal nos pareció la casa de refugio del Corazon de Jesus. En ella las jóvenes inocentes, expuestas á mil peligros de que la malicia humana las circunda, encuentran un asilo y sus necesidades temporales el socorro que en vano se habrian procurado quizá, tocando las puertas de los ricos. Miéntas tanto, un hombre del pueblo, sin grandes bienes de fortuna, sin mas apoyo que su confianza en Dios y sin otro estímulo que su caridad, concibe el proyecto de salvar á las que perecian por falta de medios para vivir honestamente mas bien que por malicia ó corrupcion de su corazon. La casa de su habitacion fué convertida en asilo; su propia esposa se encargó de instruir las en los trabajos útiles para ganar la vida, y dos sacerdotes de la Merced tomaron sobre sí el trabajo de dar á las congregadas la enseñanza religiosa y moral. Este fué el principio de la casa de asilo de Ibarra, que Dios bendijo y ha destinado á llenar de bienes á la república del Ecuador. Su fundador conservó un lugar en el establecimiento, pero un lugar humilde y muy en armonía con la doctrina del Salvador que decia: «El que entre vosotros sea mayor hágase menor, y el que manda sea como el que sirve.» Si instituciones semejantes se multiplicasen en la república; si cada ciudad y cada pueblo contase alguna de estas casas en su seno, entónces veríamos que los principios de la religion y de

la moral cristiana se propagaban inmensamente, y que esos individuos « semicatólicos y semibárbaros, » como han sido llamados por sus mismos compatriotas, se transformaban en miembros activos, laboriosos é inteligentes de una sociedad, no cristiana en el nombre, sino formada y sostenida por las máximas del Evangelio. Pero, al considerar estas empresas tan caritativas y tan patrióticas, se ha dicho alguna vez por la prensa : ¿ Qué se quiere hacer de esos individuos encerrados en una casa para trabajar incesantemente, dándoles sus prácticas ascéticas como única distraccion? ¿ Se quiere amortiguar su espíritu, apagar su inteligencia, ó sofocar los movimientos generosos de su ardiente corazón? El espíritu nada pierde de su vigor, sino cuando los males morales destrozan el corazón al perturbar al individuo de esa manera violenta con que lo invaden los vicios, ni la inteligencia se eclipsa sino por los miasmas impuros que exhalan las costumbres perversas, ni en fin es generoso ningun movimiento del hombre que no está arreglado á los principios de la fe y procura para los individuos estas dotes objeto noble y grandioso de toda buena institucion. Mas se queria que las jóvenes fuesen educadas en medio del bullicio, y que el hombre caritativo que las salvaba de los peligros alargándoles una mano bienhechora las dejase en su misma libertad, ó mas bien que su accion quedase limitada á darles auxilios pecuniarios sin velar sobre su fe ni ménos sobre su moral. Estos son despropósitos que pueden apenas comprenderse á pesar de que se palpan y se ven. ¡ Y encuentran partidarios, no obstante su monstruosidad!

Me acercaba al Chota cuyo valle triste y solitario atraviesa un riachuelo, dirigiéndonos hácia Tulcan, limite actual del territorio ecuatoriano. En tiempo no muy distante del presente, la provincia de Pasto y las costas del Yscuandé y Barbacoas formaban parte de aquel, mas hoy están comprendidas en la república de la Nueva Granada, perteneciendo á uno de los Estados de esta confederacion. En Tulcan no encontré ese movimiento que esperaba en una ciudad limítrofe á otro Estado. Ni la aduana, ni la policía, ni el comercio tenían vida; al contrario, todo parecia muerto. La causa se conoce fácilmente, cuando se medita que todos los Estados que están llamados á comunicarse activamente estrechando sus relaciones de comercio, de politica y de intereses sociales, no tienen caminos por donde transitar, ni puentes para atravesar los ríos, ni posadas donde abrigarse de la intemperie; que sus campos, llamados á producir los artículos que deben exportar á los pueblos vecinos, permanecen incultos; que los brazos que los harian producir, ó son empleados en el manejo de las armas ó permanecen ociosos por falta de estímulos de parte de quienes los dirigen; que los ricos metales y los frutos preciosos que la Providencia concedió abundantemente á todos esos países, no se explotan y ni aun casi son conocidos, porque á sus habitantes domina una apatía natural que les mantiene retraidos de toda especulacion nueva y que presente dificultades; que la inteligencia, el vigor y la constancia que caracterizan en aquellas regiones á tantos ciudadanos, se dedican exclusivamente á lo que estos llaman *la politica*, y hablando

con franqueza debería llamarse la revolucion, y que, en fin, ocupados los gobiernos y todos los que administran la cosa pública en esa misma política mezquina, que consiste en ganar elecciones, en descubrir conspiraciones, cuando existen, y en fraguarlas cuando no las hay, para encontrar motivo de perseguir y desterrar, de enjuiciar y perjudicar á los ciudadanos, nada se hace ni nada se piensa en beneficio de los intereses materiales de los pueblos. ¿Quién explota los preciosos frutos que entrañan las montañas del Barbacoa? ¿Quién piensa en especular con el cinamomo que abunda en los bosques de Inzá y en todas las selvas de aquella inmensa cordillera? Y sin embargo todas estas son riquezas que la mano bienhechora de la divina Providencia concedió á los habitantes de la Nueva Granada y del Ecuador. El escasísimo comercio que hoy hacen estas dos ricas repúblicas está reducido al cambio de algunos artículos de consumo; por eso no encontré ningun movimiento en Tulcan y por eso tambien vi que el puente y las riberas de aquel rio que sirve de limite á dos repúblicas soberanas estaban totalmente desiertos. ¡Ojalá que constituidos definitivamente estos Estados bajo instituciones sólidas, los ciudadanos que los forman apliquen sus conatos al desarrollo de tantas fuentes de riqueza que les concedió el Autor supremo de la naturaleza!



## CAPÍTULO V

Males que se palpan. — Cada dia toman mayores proporciones. — Exigen pronto remedio. — Este depende en gran parte del poder civil. — Reforma que se necesita de ciertas leyes que influyen directamente en el mal-estar. — Proteccion á los seminarios eclesiásticos. — Proteccion á las misiones de indígenas. — Obediencia á las disposiciones de la Santa Sede. — Conclusion.

No seremos difusos al recapitular los males que afligen á la sociedad religiosa en el Ecuador, ni ménos nos detendremos en demostrar cuánto contribuye el mal-estar de esta á las desgracias que pesan sobre la sociedad política. Aquellos se dejan bien conocer leyendo las observaciones que hemos hecho, y esto lo comprende el que sabe cuán estrechas son las relaciones que existen entre la autoridad que gobierna un Estado y la conciencia del hombre llamado á obedecerla; cuán inútiles son los esfuerzos de aquella para conservar las instituciones, si la religion no los apoya, y cuán precarios los bienes que produce, si la fe no los arraiga y robustece en el corazon de cada uno. Por todas partes se oyen las murmuraciones de los pueblos que condenan faltas